

Con estas preocupaciones se multiplicaban los suplicios. Gerardo, obispo de Cahors, acusado de haber quitado con sus malas artes la vida al cardenal de Santiago de la Voye, sobrino del papa, y de haber encantado al mismo papa, fué entregado al mariscal de la corte que le hizo desollar, despedazar por cuatro caballos y quemar despues. En la misma corte se siguieron otros muchos procesos de sortilegio.

El año de 1440 fué procesado y condenado en Paris el mariscal de Retz, que daba muerte á los niños para ofrecerlos en holocausto al diablo despues de satisfacer su voluptuosidad, y decíase que llegaban á ciento cuarenta las víctimas: el mismo año fué quemado un hombre del pueblo, que cuando veía algun niño en los brazos de su madre, le arrebatava y le arrojaba al fuego. Los pastorcillos pendían en gran número de las horcas en los campos; *siendo un espectáculo singular*, dice el cronista, *un bosque con estos frutos*.

Ademas de estos lamentables extravíos de la opinión, ya hemos visto que en Inglaterra (1) se presentaron verdaderas y peligrosas herejías, y desde allí pasaron á Alemania, produciendo peores frutos. Juan Huss, predicador de la universidad de Praga, habia alzado su voz contra la depravacion del clero, cuando Jerónimo de Praga, discípulo suyo, de vuelta de Oxford llevó los escritos de Wiclef. Los entusiastas y descontentos encontraron en ellos gérmenes republicanos, Huss argumentos de teología, y todos los recibieron con grande júbilo. Habiendo ido poco despues unos monjes á publicar unas indulgencias, y habiendo prohibido Sigismundo el sacrilego tráfico, Huss se atrevió á declamar primero contra el abuso y despues contra las demas indulgencias. El pueblo escuchaba con satisfaccion sus palabras, que entusiasmaron á los estudiantes bohemos, mientras que los profesores alemanes las contradecían por antipatía nacional, condenando cuarenta y cinco proposiciones de las obras de Wiclef. Pero en esto llegaron dos Ingleses partidarios de este, que animaron á Huss, el cual habia sido nombrado rector de la universidad por influencia de la reina, y defendió las doctrinas de Wiclef, atacando decididamente al clero y al papa. Los Alemanes nominalistas y los Bohemos realistas hicieron renacer las antiguas disputas escolásticas, pasando de los argumentos á las injurias, y de estas á los hechos, y por último veinticuatro mil estudiantes, y segun algunos cuarenta mil, abandonaron aquella universidad y se trasladaron á la de Leipzig (2).

Sbiuko, arzobispo de Praga, prohibió aquella predicacion; pero Huss no hizo caso alguno de esta prohibicion: ántes por el contrario, redobló su impetuosidad, cuando Juan XXIII publicó un perdon para los que le auxiliasen contra Ladislao de Nápoles, y Jerónimo de Praga quemó

(1) Véase mas arriba pág. 393.

(2) LENFANT, *Hist. de la guerre des Hussites*.

en la horca la bula papal. La ciudad fué castigada con el entredicho, y Huss, expulsado de ella, fué á predicar á otros puntos sus doctrinas. No habia ya entónces una gran herejía, fundada como la de Arnaldo de Brescia, en una filosofía que abrazase enteramente la fe; pero se tocaba á algunos misterios y prácticas particulares, y progresó porque encontró dispuestos los ánimos por el descontento, y porque no se pudo poner remedio cuando la Iglesia estaba lamentablemente dividida entre diversos papas.

¡Tantos eran los males á que debia aplicar remedio el concilio de Constanza! Á aquella numerosísima asamblea asistieron el emperador, muchos príncipes, señores y condes, contándose, segun dicen, hasta ciento cincuenta mil forasteros con treinta mil caballos; entre ellos diez y ocho mil eclesiásticos y doscientos doctores de la universidad de Paris. Los forasteros rivalizaban en lujo, y un tiempo como aquel en que las naciones se distinguían por el traje, era una cosa admirable la inmensa variedad de gentes que habian acudido allí desde los extremos de Europa con trajes, armaduras y acompañamientos pomposos, especialmente los cardenales: iban unos á Constanza por curiosidad de ver aquel espectáculo, otros por divertirse, pues habia trescientos cuarenta y seis cómicos y juglares, y setecientas cortesanas; los piadosos oraban, los doctos se preparaban para sostener disputas de dialéctica, en las cuales se veria consolidado el presente, elevando los sabios al lado de los grandes.

No es de la índole de nuestra obra el seguir paso á paso aquella importantísima reunion, que desde un principio tuvo que oponerse á los medios sagaces con que el papa y los Italianos trataban de dominarle (1). El pontífice, atemorizado, aceptó con aparente serenidad la proposicion de abdicar; pero despues manifestó su repugnancia á hacerlo, y con el auxilio de Federico de Austria huyó disfrazado de postillon, mientras se celebraba un torneo en la llanura que separa los dos lagos. Entónces los plácemes se truecan en consternacion; pero el insinuante Juan Gerson hizo proclamar que el concilio era superior al papa, puesto que derivaba inmediatamente de Cristo sus poderes, y que todos y entre ellos el papa, estaban obligados á obedecerle en lo que concierne á la fe, al cisma y á la reforma general de la Iglesia en su cabeza y en sus miembros (2). Los Italianos protestaron; pero habiendo resuelto que se votase por naciones, fueron derrotados.

El concilio citó á Juan XXIII para que se justificara de las enormes y escandalosas acusa-

(1) « En el concilio de Constanza se suscitó una disputa entre el arzobispo de Milan y el de Pisa, y de las palabras vinieron á las manos, queriendo extrangularse uno á otro porque no tenían armas. Por lo cual muchos se tiraron por las ventanas del salon. » SANUTO en *T. Mocenigo*.

(2) El mismo Gerson (*Trac. de votest. Eccl. cons. X y XII*) dice que esta opinion hubiera sido herética ántes, y que solo se adoptaba á causa de la confusion y desórdenes producidos por el cisma.

ciones que pesaban sobre él; no compareciendo se hizo una requisitoria, y cuando se apoderó de él, le destituyó, rompió su sello y sus emblemas, y le puso en una prision. Algunos años despues se rescató, y fué nombrado cardenal de Frascati.

Tambien Gregorio XII abdicó, quedándose de cardenal de Oporto. Solo el obstinado Benedicto XIII excomulgaba al que no era de su partido, y declaraba que la Iglesia estaba donde él se hallaba, en Peñíscola, así como estuvo en otro tiempo todo el género humano en el arca; pero cuando los Españoles se unieron á las naciones francesa, italiana, alemana é inglesa que componian el concilio, fué destituido.

Sigismundo queria que ántes de elegir el sucesor se reformase la Iglesia; los Italianos pedían con premura que fuese elegido el papa y acusaban á Sigismundo de herejía; este tuvo que ceder y fué elegido Oton Colonna, que tomó el nombre de Martin V. Pero bien habia previsto Sigismundo lo que sucederia, pues Martin halló medios para diferir de un día para otro las reformas que se pedían, gastando el tiempo en proyectos ó en concesiones insignificantes, protestando contra las apelaciones del papa al concilio, y confirmando muchos abusos, hasta que declaró terminado el concilio y se volvió á Roma.

Los Padres, viendo que el pueblo sospechaba de ellos, por creer que se habian separado del papa, quisieron mostrar su celo por la fe, persiguiendo las herejías. Sigismundo habia denunciado al concilio las doctrinas de los hussitas, citando á Juan Huss y dándole un salvoconducto y señores que le escoltasen para que nadie le injuriase en el camino: Huss se jactaba de que en el concilio convenceria á los Padres, añadiendo que si por el contrario le convenciesen á él de un solo error en la fe, sufriria las penas destinadas á los herejes.

El concilio de Constanza queria, pues, una reforma: Huss pretendia una revolucion, y persistia en predicar sus doctrinas, que dejaron conocer entónces todo el veneno que contenian, tanto que Juan XXII le hizo arrestar. El emperador le reclamó, pero débilmente, reconociendo en el concilio la autoridad de juzgar á los herejes. Principiado el exámen, se presentaron á Huss treinta y nueve artículos, de cuyos errores debia abjurar, sometiéndose á la decision de los Padres; pero él respondió que no habia enseñado la mayor parte de lo que contenian aquellos, que lo demas lo creía verdad, y que si no le convencian de lo contrario, estaba dispuesto á morir ántes que renegar de su propia conciencia (1). Como debia esperarse, fué condenado y entregado al brazo secular, y se adelantó intrépidamente á la hoguera que debia encender tan gran incendio (2). Jerónimo de

(1) Brov. *ad. ann. 1444*; COCHL. lib. II, epist. 6 J. Huss.

(2) Algunos quieren disculpar á Sigismundo de la muerte de Huss, pero los hechos le acriminan. En la biblioteca del

Praga, que habia venido con él, llenóse de temor, y se retractó de sus errores; despues avergonzado volvió á sostenerlos, y por lo tanto fué entregado á las llamas, como hereje relapso. Estando en la hoguera vió á un hombre del pueblo que se apresuraba á echar leña en el fuego, y exclamó: « ¡Santa sencillez! mil veces pecaria el que abusara de ella. »

¡Mas la violencia es un remedio muy triste! Y Sigismundo, ó mas bien los pueblos, que son los que expian las culpas de los reyes, pagaron sus terribles consecuencias.

Para concluir la obra de la reforma que habia quedado á medio hacer, el papa Martin convocó un nuevo concilio en Basilea; pero murió poco despues de abrirle. En la eleccion de Eugenio IV (Gabriel Condulmiero), los conclaveistas formaron una especie de constitucion que en algunos puntos concernia tambien al gobierno civil. El homenaje que el papa recibia de los feudatarios y de los empleados, no se dirigiria solo á él sino tambien al colegio de cardenales, de modo que se debia á estos en sede vacante; la mitad de las rentas de la Iglesia debia reservarse para los cardenales, y por consiguiente el papa no podia por sí solo ejecutar un acto político importante sin el consentimiento del sacro colegio, ni concluir la paz ó declarar la guerra, ni imponer contribuciones, ni trasladar la sede; ademas el papa debia reformar la Iglesia y celebrar concilios periódicos. Obligóse á ello el pontífice Eugenio, segun el juicio de un sucesor suyo (1), de ánimo elevado; pero que sin prudencia en ninguna cosa, emprendia siempre lo que queria y no lo que podia. Convocó el concilio de Basilea, proponiéndose extirpar la tiranía, y proporcionar una paz perpétua á las naciones cristianas entre sí, hacer desaparecer el largo cisma de los Griegos, y reformar la Iglesia. Pero los Padres principiaron esta obra tan fervorosamente, que el papa, asustado, le suspendió, y aquellos en vez de atemorizarse, citaron al pontífice, le acusaron de desobediente, y se declararon superior á él.

Los Padres entónces se dedican á reformar la Iglesia, disminuyen bastante los derechos curiales; determinan la forma de la eleccion del papa, y el juramento que debe prestar; limitan las concesiones que puede hacer á sus parientes, excluyen á los sobrinos de los cardenales

senado de Hamburgo se conservaba el interrogatorio que hizo el concilio al herejia y concluye: « Eo vero (Juan Huss) recedente rex cepit loqui: Jam audistis quod ex centum novem ex illis qua probata sunt in eum, et qua confessus est, et que sunt in libro ejus, sufficienter sibi pro damnatione. Et imo si nollet revocare, ut dixistis, comburatur; vel vos faciatis secum sicut scitis, secundum jura vestra. Et sciat quod quicumque promittit vobis quod velit revocare, non credatis sibi quia ego tali non crederem. Et nec permittatis eum amplius predicare, quamdiu vivit, nec ad regnum venire, quia veniens ad suos fautores faciet novissimos errores peiores prioribus. Et si qui inventi fuerint ejus fautores, quod cum eis fiat justitia, et rami cum radice evellantur. Et concilium scribat principibus, quod sint prelati favorabiles, qui pro illorum errorem extirpatione hic laborarunt. Et faciatis finem cum aliis occultis ejus discipulis... » App. ECCL. II, 1862.

(1) *Oratio AENEAE SLVII de morte Eugenii papae*.

4 de julio.

1444.  
5 nov.

1447.  
11 noviembre.

1445.

1443.

1446.

Concilio de Basilea 1431. 23 de julio.

que quedan reducidos á veinticuatro. El papa, reprobando el modo desordenado y tumultuoso con que se dirigia el concilio, le disolvió y convocó en Ferrara, ciudad mas cómoda para los Griegos que habian ido á reconciliarse. Pero los Padres, á excepcion de dos y del legado, no se movieron y continuaron restringiendo la jurisdiccion romana; suspendieron al papa y declararon cismático el concilio de Ferrara, y aunque los príncipes trataban de evitar un nuevo cisma, condenaron al papa como hereje y le sustituyeron con Amadeo VIII, duque de Saboya, que se habia retirado á Ripaglia, huyendo de los negocios, y que aceptó el cargo de antipapa con el nombre de Félix V.

Al concilio de Ferrara, trasladado despues á Florencia (1) asistieron insignes personajes: el cardenal Juliano Cesarini, que habia dado pruebas de su franqueza, reconviniendo al papa y defendiendo al concilio, y que entonces sostenia la verdad con fuertes argumentos; Juan de Montenegro, provincial de los Dominicos de Lombardia, teólogo versadísimo entre los Griegos, Gemistio Pleton, gran académico, Jorge de Trebisonda, Jorge Escolario, entonces lego y poco despues patriarca de Constantinopla, Marco Eugenio, obispo de Éfeso, gran impugnador de las doctrinas heréticas; pero el mas ilustre de todos era el cardenal Besarion, entusiasmado en defensa de la verdad. En este concilio Eugenio IV excomulgó á los Padres de Basilea, y despues de largas disputas con el patriarca de Constantinopla, declaró la union de la Iglesia Oriental con la Latina.

La eleccion de Félix V habia disminuido el crédito del concilio de Basilea, que al fin, por decision de Félix suspendió las sesiones. El nuevo emperador Federico III, que habia procurado que se celebrase una reconciliacion, envió á Eugenio su mismo secretario Enéas Silvio Piccolomini de Sena, para inducirle á que reuniese un nuevo concilio en Alemania, y despues de largas negociaciones, el papa, próximo á la muerte, accedió á ello y á celebrar un concordato con la Alemania, con tal que no sufriesen detrimento los derechos de la Santa Sede. Nicolas V, que le sucedió, confirmó el concordato, y se manifestó dispuesto á una reconciliacion: en consecuencia se pusieron de acuerdo la Alemania y la Francia; no volvió á reunirse el concilio de Basilea, abdicó Félix V, y se restituyó la paz á la Iglesia.

Si el concilio de Basilea hubiera ocurrido con caridad y prudencia á la reforma de la Iglesia, habria podido prevenir las desgracias del siglo siguiente, pero guiado por la pasion, pensó no solo limitar el poder papal como el de Constanza, sino sustituirle con su propia autoridad, y preparó una rebelion abierta en Alemania y oculta en Francia. La superioridad de los con-

cilios sobre el papa fué reconocida en Alemania y Francia; pero como se convino en que solo el papa podia convocarlos, no se hizo ninguna innovacion, y las pragmáticas sanciones que hicieron entonces aquellas dos naciones, disminuyeron algunas prerogativas de la Santa Sede, pero no las principales.

#### CAPÍTULO XIV

Hussitas. — Sigismundo y sus sucesores. — Hungría.

El fuego que encendieron en Constanza Juan Huss y Jerónimo de Praga, suscitó un grave incendio en la Bohemia. Sus sectarios, que hasta entonces se habian contentado con pedir libertad de conciencia, se levantaron despues furibundos y vengaron la sangre con la sangre, ensañándose principalmente con los Alemanes, á los cuales imputaban aquel atentado. Jacobo de Misa, profesor en Praga, sostuvo que era un sacrilegio privar á los legos del cáliz, proposicion que fué condenada por el concilio de Constanza; los hussitas entonces declararon que esta sentencia atacaba los derechos del pueblo libre, y semejante cuestion de competencia vino á ser el estandarte de una faccion feroz.

Nicolas Hussinetz, protector de Huss, sostuvo á los innovadores, que se congregaban para recibir la comunión bajo las dos especies, y despues convirtiendo en político un acto que solo habia sido religioso, se retiraron de la ciudad al vecino monte. Juan Ziska (*el bizco*) de mas resolución que Hussinetz, ordenó que todos convirtiesen en casa la tienda que habian levantado en aquel punto, y de este modo se formó una ciudad llamada Tabor, esto es, campo, y taboritas; calixtinos, utraquistas, hussitas, los sublevados. Con ellos se lanzó Ziska sobre Praga, la ocupó, y segun la costumbre (*defenestracion*) arrojó desde una ventana al burgomaestre y á trece senadores.

Wenceslao VI murió, quizá del susto. Hubiera debido sucederle su hermano Sigismundo pero ¿cómo habian de tolerar los hussitas el mando del traidor á su maestro? Fortificáronse pues, entraron á saco las iglesias, conventos y casas de los Católicos; tomaron estos por su parte la revancha, y de tal modo que se refiere que en los pozos de las minas Luttenberg fueron precipitados en un solo dia mil seiscientos hussitas.

Cuando llegó Sigismundo, empleó aquel rigor que irrita; pero que no enmienda. En Breslau hizo dar muerte á veintitres jefes rebeldes, mientras el papa publicaba la Cruzada contra los herejes. Estos, para defender sus personas y sus creencias, se unieron poniéndose á las órdenes de cuatro jefes, convirtiendo á Tabor en plaza de armas, y negando la obediencia á Sigismundo, que con ochenta mil hombres sitió á Praga; pero fué derrotado y se vió obligado á parlamentar. Cuatro artículos le propusieron en

las condiciones, á saber: que los sacerdotes pudiesen predicar libremente la palabra de Dios; que se administrase la comunión bajo las dos especies; que se quitasen las posesiones al clero, y que fuesen castigados con pena de muerte los pecados mortales públicos, entre los cuales debian contarse el concubinato de los sacerdotes y el recibir dinero por sacramentos, por beneficios ó por indulgencias. Estas condiciones parecieron demasiado poco á los fanáticos que propusieron otras doce, muy intolerantes, y en las cuales se pedia la reparacion de los monasterios é iglesias superfluas. Mientras tanto Ziska andaba destruyendo estas y asesinando á los Católicos; ademas hizo deponeer á Sigismundo, y le derrotó cuando volvió á presentarse á la cabeza de sesenta mil Húngaros, Austríacos y Moravos. Encendióse la guerra civil entre los moderados y los fanáticos, y Ziska, que de bizco habia pasado á ciego, adquirió tanta autoridad, que Sigismundo le ofreció nombrarle su vicario general. Pero cuando le atacó la peste, se recrudecieron los odios de las diversas gradaciones de partidarios, los cuales se unian contra el enemigo comun, recorriendo separadamente la Silesia, la Moravia y el Austria, que ellos llamaban país de los Filisteos, de los Idumeos y de los Moabitas. Martino V predicó una nueva Cruzada contra ellos; pero el grueso ejército reunido por Federico el Belicoso, elector de Sajonia, fué derrotado, muriendo doce mil soldados. Entonces toda la Alemania, asustada, salió de su inercia é hizo un esfuerzo comun; pero al aproximarse los taboritas se desbandó el ejército, y aquellos recorrieron la Sajonia, Franconia y Baviera, haciendo unos estragos á que no podian igualarse los mas terribles que causaron los Bárbaros, y decian: « Cuando toda la tierra esté devastada, y las ciudades hayan quedado reducidas á cinco, principiará el nuevo reino del maestro, porque ahora es el tiempo de la venganza, y el Señor es Dios de la cólera. »

El cardenal Cesarini, legado pontificio, consiguió de nuevo una reconciliacion en Alemania, y Federico, elector de Brandeburgo, se presentó á la cabeza de ochenta mil hombres; pero apenas se aproximó Procopio Holy, que habia sucedido á Ziska, fueron derrotados los Alemanes, dejando en el campo once mil muertos y ocho mil carros de armas.

Entonces se pensó en celebrar un tratado de paz, y el concilio de Basilea hizo á los hussitas una benévola invitacion, á consecuencia de la cual estos enviaron al concilio trescientos diputados, entre ellos Juan Rokyczana, el mas elocuente de sus predicadores, y Procopio el Grande. Estos, cuya sola presencia impuso temor á los Padres, presentaron los cuatro artículos; pero se prolongó tanto su discusion que se retiraron los Bohemos, y los Padres, convencidos de que los hussitas no profesaban las treinta y cuatro proposiciones de Wiclef condenadas, enviaron teólogos á Praga, que modi-

ficaron los cuatro artículos y permitieron el uso del cáliz. Los utraquistas aceptaron este pacto; pero los taboritas y huerfanitos lo desaprobaban; acudieron otra vez á las armas, y estos últimos fueron destruidos á hierro y fuego.

Vencidos los Bohemos por los mismos Bohemos, Sigismundo, como habia esperado, fué aclamado rey confirmando el pacto, asegurando la libertad de cultos y los privilegios del reino, y excluyendo á los extranjeros.

Despues de veinte años de reinado, y quizá solo para descansar de los disgustos que le causaba el dirigir una máquina pesada y ruinosa, como llamaba al imperio, se trasladó Sigismundo á Italia, y fué coronado en Milan y en Roma; pero siempre sin dinero, mirado con recelo, obligado á cada paso á tratar ó á defenderse, prolongó mas de lo que hubiera querido su permanencia en Italia, mientras le importaba aquietar la Bohemia y reprimir á los Turcos, por lo cual volvió á Alemania.

Mas fácilmente consiguió el asegurar á su familia el trono de Hungría. Terminada con Andrés III la dinastía de Arpad, el arzobispo de Estrigonia proclamó, y el papa sostuvo á Carlos Roberto, hijo de Carlos Martel, en el cual principia la rama de los Anjou, pero fué tan mal recibido este extranjero, que para que pudiese hacer frente á las insidias, le fué concedido el privilegio del clero. Tuvo que trabajar mucho para conseguir la corona angélica del vayvoda de Transilvania, y despues los odios estallaron, y Carlos tuvo que estar en perpétua guerra con los Húngaros, con los Venetos en Dalmacia y Croacia, con los Servios y los Turcos, con el Austria y la Valaquia y hasta con los Rusos. Hizo las minas una regalía de la corona, de modo que le pertenecian las dos terceras partes del oro y de la plata que se extrajese de ellas; se arrogó el derecho de destituir á los funcionarios nobles; impuso cargas y servicios al clero; estableció la annata en favor del papa, guardando para sí la tercera parte; fundó la inquisicion, pero no pudo arraigarla; alteró las monedas; abolió los duelos judiciales, y casándose con Juana, heredera de Nápoles, dió á su segundo hijo Andres la esperanza de sentarse en aquel trono que tan caro debia costarle.

Su primogénito Luis que le sucedió, mereció el nombre de Grande, por cuarenta años de empresas, entre las cuales, la mas memorable es la conquista de Nápoles, de que ya hemos hablado en otra parte; en Venecia se apoderó de Espalatro, Zara, Trau y Ragusa; reunió tambien en sus manos el gobierno de Polonia, y la soberanía de la Bosnia, la Servia, Bulgaria, Moldavia y Valaquia, de modo que sus dominios se extendian desde el Adriático al Ponto Buxino y á la embocadura del Vistula. Traslado la cámara del reino desde Visigard á Buda; expulsó á los Judíos y usureros; abolió los juicios de Dios, y en la expedicion á Italia, haciendo conocer á los suyos una civilizacion mas avan-

1437.

Concilio de Florencia, 26 de febrero 1439.

1442. 26 de abril.

1447.

1440.

(1) K. WALCHNER, *Politische Geschichte der Grossen Kirchenynode zu Florensy*, Constanza, 1825.  
J. LENFANT, *Hist. du concile de Constance*. 4727.

Hussitas.

Juan Ziska.

1419.

1422.

1424.

1426.

1427.

1431.

1433.

1434.

1431.

1433.

1301.

1308.

Hungría Carlos I Roberto.

1342